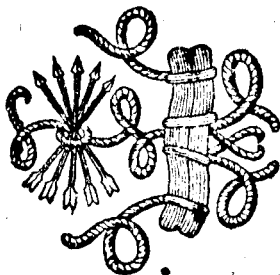


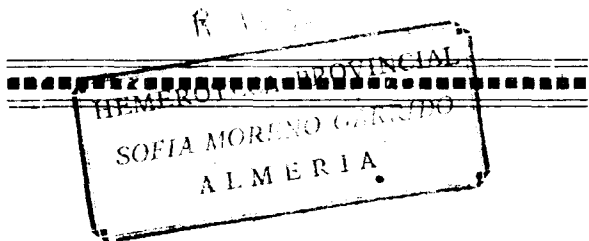
DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL
MINISTRO SECRETARIO
GENERAL DEL PARTIDO
CAMARADA **ARRESE,**
EN EL VI CONSEJO NACIONAL
DE LA SECCIÓN FEMENINA



ALMERIA

1 9 4 2



DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
CAMARADA ARRESE, MINISTRO
SECRETARIO DEL PARTIDO, EN
LA CLAUSURA DEL VI CONSEJO
NACIONAL DE LA SECCIÓN
FEMENINA.

«Cuando José Antonio, en el teatro de la Comedia, declaró alzada la bandera de la Revolución Nacional, la Falange, recién nacida, se convirtió en el afán de una juventud que, al encuadrarse en ella, aceptaba con júbilo su destino histórico y se lanzaba a la tragedia y a la gloria de sacrificarse colectivamente por España.

Nosotros, pues, nos sentimos responsables de sus vidas; hemos lanzado a la muerte a una generación, a una de las generaciones más serias, enteras y auténtica-

mente jóvenes que ha tenido España, y sus muertes pesan sobre nosotros como una obligación a cumplir.

Por ello, aunque fuéramos capaces de olvidar el imperativo histórico que nos señala como única fórmula para el remedio de España y olvidáramos también el imperativo de nuestra juventud, que busca como única salida para la angustia de una existencia gris una nueva manera limpia, alegre y cristiana de entender la vida; aunque fuéramos capaces de olvidar todo lo que ha sido hasta ahora la ilusión y el esfuerzo de nuestro Caudillo, no podemos ya renunciar a la lucha. Tenemos encima el sacrificio de esa generación que se inmoló por la Revolución Nacional, y no queda otro camino honrado que seguir adelante. Lo contrario sería la más espantosa de las traiciones; sería quitar valor a lo que los Caídos juzgaron que valía más que su propia vida y convertir su heroísmo en un monstruoso suicidio colectivo.

Lo mejor de España ha dado ya su vida por la Revolución, y la Revolución ha de hacerse.

Por eso, cuando como hoy nos reunimos para rendir cuentas y proclamar consignas, nuestro primer recuerdo ha de ser para aquellos que sobre los campos de Rusia siguen todavía dejando sus vidas a la promesa de una España mejor; y nuestra primer interrogante ha de ser ésta: ¿Qué se ha hecho hasta ahora en el camino de la Revolución? ¿Basta lo conseguido para justificar tantas vidas entregadas a cambio? No. Y no cabe desfigurar esta realidad con razones que no convencerían a nadie. Es cierto que las circunstancias impuestas por nuestra guerra civil y por la de ahora representan un obstáculo importante en nuestro camino; es cierto que la comunidad española sufre un antiguo envenenamiento moral que la incapacita para digerir de golpe todo un sistema opuesto al que venía padeciendo; es cierto que algunos órganos de la Falange, creados y organizados a toda prisa, no pueden dar aún el rendimiento que hubieran dado con un período de gestación más reposado. Pero no creo que nadie sea capaz de justificar con ello esta ausencia de resultados obtenidos.

No hemos soñado nunca con una vida exenta de dificultades; José Antonio quería que la vida nos fuera difícil antes y después del triunfo, y nosotros hemos aprendido ya la fecundidad de los momentos difíciles.

Ni pensemos tampoco que el bulo y la insidia, el rumor y la calumnia, pueden torcer nuestro rumbo. Los que desde el «hall» de un hotel o desde la mesa de un café creen manejar la orientación política, o sueñan todavía con Romero Robledo, o son gentes que, atemorizadas ante la perspectiva de tener que ceñirse a una vida más justa, se dedican a obstaculizar nuestra labor, como lo hicieron los marxistas, los judíos o los separatistas.

Ningún falangista de verdad puede aceptar la versión de que si no hacemos más es porque nuestros enemigos no nos dejan.

La razón hay que buscarla en otro marco más eficaz; y en este orden vemos que a fuerza de emplearse la palabra Revolución y de aplicarla sin control ni respeto, la gente ha llegado a dudar de su existencia, o peor aún; ha llegado a creer que la Revolución es algo que se plantea y que se ordena

como un castillo de fuegos artificiales, en el que al hombre sólo toca esperar sentado a que el espectáculo se produzca.

No; la Revolución no es eso, ni se la puede buscar por las esquinas como un objeto que se nos ha perdido; la Revolución está en nosotros mismos, en cambiar nuestra psicología, nuestra manera de ser y de reaccionar ante los problemas de la vida; revolucionar es revolucionarnos.

Y quizá por esto, porque no se ha logrado meter en el alma del pueblo de una manera tenaz y machacona la verdad de que la Revolución reside en nosotros mismos, aquella unidad de los primeros días, que nadie se paró a pensar en qué estaba basada, pero que era la perfecta unidad buscada por la Falange (unidad en el arrepentimiento, en la hermandad y en la alegría), aquella unidad entre los hombres y entre las clases de España, que llevó a la misma trinchera, en íntimo abrazo y a las órdenes de nuestro providencial Caudillo, al soldado y al falangista, al mercader y al estudiante, al rico y al pobre, aquella unidad se ha roto, en busca de otras unidades más

científicas, aunque más finas y más entecas.

Pero no caigamos con esto en creer que debemos captar para el Partido a todas las personas más o menos afines. Esto es una equivocación tremenda que hace confundir dos conceptos tan fundamentales como son los de Movimiento y de Partido.

El Movimiento, camaradas, es la idea; el Partido es el Ejército al servicio de esa idea. Para el Movimiento debemos, sí, ir ganando a España entera, incluso a los que, por mezquindad de espíritu, no son capaces de imponerse y de hacer una labor misionera. Para el Partido, no; los encargados de imponer una doctrina podrán no ser numerosos, pero tienen que ser fanáticos e intransigentes.

Los partidos surgen, y no me refiero a los partidos liberales, como una necesidad biológica de defensa. En tiempo de Felipe II no fué necesario un partido que defendiera la idea católica de España, porque hasta el último arriero la conocía y la amaba; pero si el protestantismo hubiera entrado, automáticamente se hubiera tenido que

formar el Partido Católico, encargado de defender la idea nacional.

Y entonces, ¿qué hubieran dicho si ese Partido naciera a la lucha con la ilusión de pactar o de mediatizarse? Pues esto mismo podemos contestar hoy a los que nos piden que abramos las puertas a toda clase de sugerencias.

Pero hay, además, otro gran peligro en este aspecto.

Todas las revoluciones del mundo se han iniciado siempre por la acción de unas individualidades enérgicas, que, acertando con el nervio preciso, arrastran en pos de sí una masa fervorosa y creyente; pero al lado de ellas se levanta otra masa infinitamente más numerosa, cuyo papel es el de estropearlo todo.

Es la masa de los desenfocados, de los que por su situación imprecisa en el cuadro general de la Revolución no están capacitados para ligarse a ella. Su único signo es el de enturbiadores de la obra original, que corre el peligro de diluirse bajo su acción perniciosa.

Cuando los grupos rectores han conse-

guido llegar al Poder, si el afán revolucionario es firme, se produce siempre un fenómeno de selección, de delimitación de campos en defensa propia, y los componentes de la gran masa no tienen más que dos posibilidades: o romper con su personalidad antigua y conformarse en un todo con el hecho revolucionario, o ser desplazados para la acción política.

Sólo cuando ocurre una de estas dos cosas puede decirse que la Revolución ha triunfado; cuando no, su porvenir es claro: consumirse a sí misma en una monótona repetición de palabras sin sentido.

Este fenómeno ocurre en España como en todas partes. A nuestro lado está la inmensa familia de los que, por incapacidad física, por rutina o por pequeñez de espíritu, viven desconectados de la hora exacta que se impone a todos y se obstinan en interpretar a su manera nuestros más sagrados principios.

Estas gentes, muchas de las cuales se caracterizan por su candor, llegan incluso a considerarse afines a nosotros, que afortunadamente no tenemos que ver con ellos

más que en la coincidencia formal de unos mismos signos externos. Hablan, en efecto, de Dios, de España y de la Justicia, pero son incapaces de extraer de estas ideas la vitalidad necesaria para servir las íntegramente.

No basta con que nosotros hayamos repetido en todos los tonos que nuestro propósito y nuestro estilo nada tienen que ver con los sucedáneos que nos ofrecen; no basta con que una experiencia ya larga demuestre hasta qué punto son estos grupos incapaces de toda obra creadora. Ellos se empeñan en imponernos su presencia y su colaboración, y en representar hasta el final su papel de lastre, y gracias a ellos la labor de la Falange puede quedar torcida, y si Dios no estuviera de nuestra parte, hasta condenada al fracaso.

Bien sabemos que no se les puede pedir nuestra decisión revolucionaria de saltar desde la orilla liberal en que han nacido a la orilla clara del Nacional-sindicalismo. Si sus músculos ya no están para seguirnos, que se queden en sus posiciones cómodas y amables, pero que no se agarren a nuestros

pies para que también nosotros desistamos: que nos dejen ganar la orilla opuesta o, por lo menos, que tengan el pudor de no seguir escudando su desgana en escrúpulos necios.

Porque en un principio, cuando la Falange era sólo una intuición fervorosa en el alma de unos pocos, podía admitirse que alguien, por ignorancia, recelara de nosotros; que se nos creyera imitadores de actitudes extranjeras, o que por la rotundidad de nuestras afirmaciones se nos atribuyeran posturas heterodoxas.

Quizá alguno, calando poco en nuestra dialéctica, confundió lamentablemente nuestra violencia sana con la fanfarronería callejera, y nuestra preferencia por lo juvenil y alegre, con el desenfreno y la inconsciencia.

Pero casi en tres años de postguerra hemos tenido tiempo de afirmar cien veces la más absoluta ortodoxia religiosa y nacional, y no cabe ya alegar ignorancia o recelo; no cabe que para combatirnos pretenda nadie convertirse en monopolizador del espíritu religioso y militar, o presentarnos como incompatibles, como formas de Gobierno que no tienen por qué dejar de ser revoluciona-

rias al mismo tiempo que son tradicionales.

Y nada más, camaradas; he venido a clausurar vuestro Consejo y os agradezco este día que me hacéis pasar; creedme: de vez en cuando, para no dejarse ganar por el desaliento, es conveniente salir de Madrid a respirar el aire puro de la Falange sobre los campos de España. Si fueran capaces de comprendernos, yo invitaría gustoso a los que dicen que la Falange ha perdido fuerza a que recorran esos caminos que yo he seguido esta mañana, cubiertos de camisas azules y de boinas rojas, a que suban con vosotras a este lugar heroico que habeis elegido para culminar los ejercicios espirituales de vuestro Consejo, a que claven en sus almas nuestros gritos de amor y de fe en el Caudillo, y después a que mediten si hay derecho a creer que España es sólo sus centros de murmuración.»

Queda clausurado el VI Consejo Nacional de la Sección Femenina.

¡Viva Franco! ¡Arriba España!



IMPRENTA

EMILIO ORIHUELA

Juan Lirio, 26 - Almería





EDITADO POR LA REGIDURIA
PROVINCIAL DE PRENSA Y
PROPAGANDA - ALMERIA